



(<http://gastroradio.com/reproductor>)

[Conéctate \(/login\)](#) Ó [Regístrate \(/usuarios/registro\)](#)

[Volver a Asturias24 »](http://www.asturias24.es) (<http://www.asturias24.es>)

mas24 ⁽¹⁾

[Crónicas24 \(/secciones/cronicas24\)](/secciones/cronicas24)

[Culturas24 \(/secciones/culturas24\)](/secciones/culturas24)

[Delicias24 \(/secciones/delicias24\)](/secciones/delicias24)

[Buscar ...](#)

[Entrevistas en el Toma 3 \(/secciones/entrevistas-en-el-toma-3\)](/secciones/entrevistas-en-el-toma-3)



(<http://www.facebook.com/toma3gijon>)

Marqués de Casa Valdés, 27, bajo. Gijón

Pablo Rivero

Escritor. Autor de 'La balada del pitbull' (2002), 'Últimos ejemplares' (2006) y 'Érase una vez el ° n' (2016)

"Gijón es una ciudad tan novelable como Nueva York o Madrid"

Se podría escribir un interesantísimo ensayo sobre hasta qué punto puede un novelista no parecerse en nada a los personajes a los que insufla vida en sus obras. El caso de Pablo Rivero es uno de éstos. Es imposible imaginarse a este tímido, educado y culto profesor de primaria haciendo nada remotamente parecido a despedazar a un niño pequeño con un *pitbull*, violar a una hija discapacitada o apalazar a un yonqui hasta la muerte. Ése fue, sin embargo, el mundo suburbial que retrató magistralmente, siguiendo la estela de la *literatura de las aceras* abanderada por los Irvine Welsh o Stewart Home, en su alabadísima primera novela: un *Trainspotting* astur publicado por Trea y titulado *La balada del pitbull*. De eso hace ya catorce años. A lo largo de esta década y media, Rivero sólo había aplacado el síndrome de abstinencia de sus *fans* alumbrando *Últimos ejemplares*, una obra algo diferente en la que lo *trainspottinguesco* daba paso a lo barojiano para componer un fresco coral y más amable —«un camarote de los hermanos Marx literario», en palabras del autor— en el que, aunque había narrador y primera persona, el verdadero personaje principal era el escenario: Gijón, la ciudad natal de este orgulloso *playu* seguro de que la capital de la Costa Verde puede serlo de la buena literatura tanto como Nueva York o Madrid. Ahora, Rivero vuelve a las andadas suburbanas con una novela que acaba de publicar Anagrama y que se iba a titular *La magia de los hijos de puta*, pero ha acabado saliendo al mercado como *Érase una vez el fin*. Más parecida a aquella primera novela que a la segunda, su protagonista es esta vez no un adolescente *skinhead* y ultra del Sporting, sino un sociópata cuarentón, pero el aroma es el mismo: el que despiden los recovecos más oscuros de la condición humana.

SÁBADO 30 DE ENERO DE 2016

Hablaremos más tarde de su magnífica última novela, *Érase una vez el fin*. Antes, empecemos por el principio, con dos preguntas relacionadas pero que no necesariamente tienen la misma respuesta: ¿qué escritores le gustan? ¿Cuáles han influido más en su escritura?

Bueno, ^{Loading} el ~~fol~~ completo sería muy largo, pero uno que me impresionó mucho cuando lo descubrí fue William Saroyan. Descubrí *La comedia humana* en una edición del Círculo de Lectores que había en casa y que tenía en la portada el manillar de una bici. Lo cogí por eso, porque me gustó la portada, pero luego la historia me conmovió mucho, y a partir de ahí fui leyendo más cosas de Saroyan. Lo han reeditado hace poco en Acantilado, me parece. Luego me gustan mucho los rusos: Dostoyevski, por supuesto, también Chéjov... Los fui leyendo también, de una manera un poco anárquica, en ediciones antiguas que había por casa. También me gustó mucho Stendhal, tanto *La cartuja de Parma* como *Rojo y negro*. Después, cuando ya fui un poco mayor, busqué cosas más transgresoras y me encontré con la Generación *Beat*: Ginsberg, Kerouac y todos éstos. No sé, me gusta mucho la literatura en general. Me gusta mucho leer y me han influido muchas cosas. Pero lo que más me ha influido ha sido la tradición oral, las historias de la gente mayor. Yo me crié muy al lado de mis abuelos, sobre todo de un abuelo, y me pasó la infancia escuchando muchas anécdotas. Él tenía muchos amigos, y a veces contaban cosas de la guerra y de lo mal que lo habían pasado en la vida. Ese tipo de transmisiones también me interesa mucho. Después, en trabajos que he ido teniendo a lo largo de la vida y a través de otras amistades, también me ha interesado siempre escuchar cosas. Si tú me cuentas una anécdota y es buena, seguro que la apunto y luego la utilizo. La tradición oral es muy importante en mí. Yo creo que estoy más influenciado por eso que por los libros, fíjate.

¿Cómo comenzó a escribir?

Lo he contado alguna vez: en el cole se me daban muy bien las redacciones, y tenía una profesora de la que no sé si era un poco el ojito derecho (risas). Yo escribía siempre muy poco pero ella siempre me decía que estaba muy bien, que lograba condensar mucho en muy poco. Eso creaba en los compañeros una especie de: «Joder, yo que me esforcé mucho y escribí aquí mil hojas tengo menos nota que éste que escribe cuatro pijadas» (risas). A mí eso me marcó mucho como futuro escritor: ya ves que hoy sigo escribiendo novelas breves. Y luego recuerdo que mi madre muchas veces me castigaba porque me obligaba a dormir la siesta y a mí la siesta no me gustaba mucho. Yo, al principio, leía cómics, pero luego mi madre empezó a decirme que si no había siesta, no había cómics, y me quitó los libros. Así que empecé a pasar esos ratos escribiendo. Escribía por

entretenimiento más que nada, no por ninguna inquietud: como dibujar no me gustaba, escribía. Así empecé. Por otra parte, a mí siempre me ha gustado mucho apuntar reflexiones y pensamientos. Me gusta escribir, no sé. No me genera ninguna pereza escribir. De hecho, escribo, todavía hoy, a mano.

Le iba a preguntar precisamente eso: ¿bolígrafo y papel u ordenador?

Bolígrafo y papel, sí. Yo siempre llevo conmigo una pequeña agenda que me sirve de mucho. Cada vez que discurro o escucho una frase que me parece que es buena o que me llama la atención, la anoto. Luego, sí, paso las cosas al ordenador, pero la primera parte del proceso es con papel y bolígrafo. Con el ordenador he mejorado últimamente: soy profesor de primaria, y hoy en día es importante que los chiquillos conozcan las nuevas tecnologías. Eso me hizo meterme un poco más, pero al principio sólo usaba el bolígrafo.

Vista en perspectiva, no me gusta mucho 'La balada del pitbull'

Tiene dicho que cuando le sale la mejor literatura es en estado de rabia.

Alguna vez lo he dicho, sí. Y sí, en los momentos de indignación es cuando mejor escribo. Es como un impulso. Últimamente me

voy serenando un poco, eso sí. Ya no necesito estar tan rabioso para escribir (risas).

¿Cuál es su proceso literario? ¿Va madurando en su cabeza la novela y luego la escribe del tirón, o hace sucesivas reescrituras?

Parto de algo atractivo: una noticia, un hecho, una historia que haya escuchado y me haya parecido un posible comienzo y después hago un pequeño croquis a partir del cual voy desarrollando las ideas secundarias en torno a esa idea principal. Luego escribo y luego hago un esfuerzo muy grande en comprimir, en condensar, en quitar cosas superfluas. Yo no tengo mucho tiempo, hoy en día, para leer, y en consecuencia me gusta leer cosas condensadas. Soy más bien de relato o de novela corta. Es sólo en vacaciones, cuando tengo más tiempo libre, que cojo las novelas grandes con las que el resto del año no me puedo meter. Y pienso que a mi lector le puede pasar lo mismo, que puede ser una persona sin tiempo; de ahí ese esfuerzo simplificador. En mis novelas no hay nada que esté de adorno: siempre es todo muy a piñón, muy a saco, muy al grano. Un referente actual de eso es Irvine Welsh: ese estilo es el que a mí me gusta. No hay tiempo que perder.

¿Pide muchas opiniones externas antes de dar a luz cada obra?

Tengo una red de gente de confianza a la que suelo recurrir, sí: Álvaro Díaz Huici, Miguel Mingotes... No se la envío a mucha gente, pero a algunos muy cercanos a mí, como ésos que cito, sí. Siempre me dejo asesorar, porque me han dado muy buenos consejos y yo no dejo de ser un neófito. Me gusta aprender y recibir opiniones que lleva en esto mucho tiempo. A veces me dicen, por ejemplo: «Bueno, mira, esto está bien, pero yo cambiaría esto y aquello», y me sirve mucho.

La balada del pitbull (Trea, 2002)

A Desiré, que vivía en el bloque de enfrente, todos la llamábamos *la Roqui*. La Roqui dejó el colegio en séptimo, aunque ya tenía dieciséis años. De pequeña el cura no quiso bautizarla, pues decía que su nombre era judío, y por consiguiente tampoco le permitía asistir a la catequesis parroquial con los demás niños, lo cual yo consideraba una gran suerte. Recuerdo que le di la turria a mi madre una buena temporada para que me cambiara el nombre y me pusiese uno judío. También intenté convencer a mi padre, pero me dio una bofetada y ya no quise cambiarme más de nombre. La madre de Roqui era una puta muy conocida. Pobre Roqui. Todos los hombres de mi barrio y en especial los que frecuentaban el bar Tercio de Varas solían decir, cuando una mujer era un pellejo, que no valía ni «p'hacer la calle en el cine Gaya». Pues bien, la madre de la Roqui era puta en la calle del Gaya.

La calle del Gaya olía a pis y a servilletas impregnadas de semen. Era una calle peligrosa y oscura, con mucho movimiento y tráfico de cuerpos y de droga.

A la madre de Desiré, que no sé cuál es su verdadero nombre, la llamaban *la pajillera de la cuarta sesión*. Nombre que yo usaba mucho para nombrar a las chicas de mi edad. Decía: «Mira, ésa es la pajillera de la cuarta sesión; mira la otra, parece la pajillera de la cuarta sesión», y todo el día con la pajillera para arriba y para abajo, porque me parecía un insulto acojonante.

Mis primeras experiencias sexuales, aparte de las onanistas, recuerdo que fueron en grupo. La Roqui nos la chupaba a todos por cincuenta pesetas en un descampado que había cerca del cementerio de Ceares. Si no llevabas dinero podías mirar a tus amigos y hacerte tocamientos. A la pobre le faltaba un verano. Aquello duró poco, porque a Cueli, que tampoco tuvo una infancia muy feliz y tenía una hermana catequista, le dio pena la Roqui y decidió hacerla su novia. A Cueli le vino el amor muy pronto y no entraba en razón. A nosotros no nos la volvió a chupar. En ocasiones pienso si el nombre de Roqui tendría algo que ver con sus actividades y su manera de dejarnos K. O.

Corvo Cueli, que tampoco terminó el octavo, trabajaba de pinche de cocina y camarero en el Tercio de Varas. Pasaba la semana entre aquellos fogones, tan asquerosos y grasientos como la vitrina de los pinchos. Tan amarillos como los huevos salmonelósicos de la tortilla, y tan llenos de moscas como los bocartes gratuitos de encima del mostrador.

Con sus dos primeros sueldos, Corvo Cueli se compró la gilera Cosmos, o algo parecido, y con el tercero la trucó a 75 centímetros cúbicos. Los domingos, que era su día libre, paseaba a la Roqui por ahí, a escape libre. La Roqui iba cogida a él como una lapa, con la cabeza ligeramente ladeada y apoyada contra su cuello y las piernas abiertas para no pillar los tacones con los radios de la rueda. Envuelta en unos pantalones tipo pitillo y lavado láser, aterida de frío y miedo, escondiéndose tras él cada vez más, para no estropear su peinado a lo caniche heavy tan de peluquería de barrio y masticando un chicle enorme que nunca se acababa. La verdad es que aun siendo barriobajero, el Cueli daba vergüenza ajena. Y cómo agarraba el manillar, ¡Dios mío!, como si pilotase una chóper. Así, con los codos levantados. Joder, qué fuerte.

«Je, ye el Cueli».

Cueli perdió identidad y nos reíamos de él. Moralmente era muy débil. Para que nos entendamos diremos que siempre se apiadaba de todo y de todos, e intentaba continuamente poner límite, cuando no detener, nuestras fechorías. Se cortaba. El amor le llegó pronto y no entraba en razón. Alguien le dijo que nos la había chupado a todos, y ya no se acordaba.

Aparte de todo esto, Cueli tenía unos problemas en casa de la hostia. Todo el barrio conocía las palizas que le daba su padre a la parienta. Esta salía poquísimo, pero siempre que lo hacía, por mucha gafa de sol años setenta y mucho cuello subido, traía la cara como un parchis de seis jugadores, incluidos cubiletos y dados y, naturalmente, a Cueli le daba vergüenza.

Cueli presumía mucho de su hermana, la catequista, claro, porque luego tenía otra en silla de ruedas por culpa de una chunga que le dio un día de pequeña y que la dejó medio boba y de la cual nunca hablaba. Pero de la otra, la catequista, se vanagloriaba. «¡Estudia muchísimo!, es una empollona, es guapísima.»

Su hermana en realidad era patética. Todo el día en la parroquia y lamiendo culos en el instituto. Con aquellos zapatos marrones de saldo, aquella falda gris plisada y el crucifijo por encima del jersey de angorina parecía sor Ridículo. Era amiga de mi hermana. Luego, cuando quedó preñada, se reía de ella por ahí y ya nunca más volvieron a ser amigas. Joder, lo que es la vida, más tarde a ella la preñó el Obdulio, uno que era monaguillo y al que nosotros llamábamos Amatulo porque llevaba un flequillón igual que el de Dani Amatulo, el chistoso de *Fama*.

Cueli dejó de hablar, por fin, de su hermana. Ya no vacilaba. Ahora era yo el que me reía de su hermana a la puta cara.

Cueli cada vez estaba más triste.

¿Cómo empezó todo? ¿Qué chispa, qué pulsión incendió en su cabeza esa bomba literaria que es *La balada del pitbull*, en la que pinta el desolador paisaje de marginación, drogadicción, violencia física y sexual y ultraísmo nazi de un no suburbio gijonés conocido como *las 2000*, sólo ficticio a medias?

Yo quería hacer una especie de diario de un adolescente rabioso. Yo tenía entonces treinta años y todavía me quedaban ecos del adolescente que había sido, y no había sido, ni mucho menos, el adolescente rabioso y ultra que aparece en la novela, pero sí que tuve, como todo el mundo, unos años ahí de rebeldía, de inconformismo, de los que quería dejar constancia de alguna manera, exagerándolos a sus máximos extremos. El propósito fundamental de *La balada* era ése: mostrar una vida adolescente llevada a sus extremos. También hacer una cierta crítica social. Ése es, quizás, un error de la novela: a veces parece que habla y que reflexiona una persona adulta y culta, y cuando le entregué la novela a Álvaro [Díaz Huici, director editorial de Trea], me dijo: «Hay este pequeño error».

En la novela solventa eso que efectivamente podría verse como un error haciendo al protagonista leer ciertos libros y clásicos en la cárcel, desde San Agustín hasta el *Mein Kampf*.

Exactamente. Recurrí a eso y, por otro lado, lo que quedase de incoherente no era muy molesto. Por lo que el propio Álvaro me dijo, esas partes en las que el protagonista parece una persona de más edad y mayor cultura quedaban muy frescas, muy espontáneas, y no hacían resentirse al relato.

¿Cómo se puso en contacto con Trea?

Pues armándome de valor —porque, aunque no lo parezca, yo soy una persona tímida— y dando el paso de presentarme en las oficinas que tenían entonces en El Coto para dejar allí el manuscrito. Enseguida me llamó Álvaro. Yo no me lo creía; fue una alegría muy grande. A raíz de aquello iniciamos una amistad y una cierta relación de mecenazgo y de protección muy bonita. Álvaro me ha ayudado muchísimo con la publicación de mi última novela *La novela* iba a salir con Trea y, cuando llegó la posibilidad de publicar en Anagrama, no sólo no puso ningún problema sino que me dio todas las facilidades y todo el apoyo del mundo.

Es frecuente que los escritores, con el paso de los años, vean con extrañeza o desapego sus primeras obras. ¿Cuál es su caso? Catorce años después de publicarla, ¿sigue gustándole, sigue sintiéndose identificado, con *La balada del pitbull*?

No me gusta mucho, no. De hecho, de *Érase una vez el fin*, mi última novela, se podría decir que es lo que yo hubiera escribir cuando escribí *La balada del pitbull*. Sigue habiendo rabia pero a la vez hay más reflexión, más poso filosófico... Tampoco reniego de *La balada*: fue una novela muy bien acogida por la crítica y que gustó mucho a todo el mundo: gente mayor, gente más joven, etcétera. No sé, simplemente lo veo como algo ya lejano.

El Gijón que retrata esa novela es un Gijón más realista que real, más verosímil que verdadero. Hay un punto de exageración naturalista —aunque una base de realidad— en esa historia de violencia y desarraigo extremos en la que padres violan a sus hijas disminuidas psíquicas y adolescentes lamentan no haber podido grabar la paliza mortal de un gitano a un yonqui para enviarla a *Videos de primera*.

En mis novelas busco una especie de épica de lo sucio, de la belleza de la marginalidad

Sí, hay exageración, claro.

También una parte de realidad, eso sí.

También una parte de realidad, sí. Con esto hay una especie de confusión. A veces me caen palos de gente que me dice que Gijón no es así, y hay una cosa que yo quiero que quede muy clara: el Gijón en el que yo vivo es un Gijón muy diferente del Gijón de mis novelas. Hay ciertos paisajes y pasajes que son reales

pero también hay muchos otros que son completamente fabulados. Pero yo me digo que, si hay escritores que toman Nueva York o Madrid porque es

su ciudad natal y la novelan —y novelar una ciudad siempre implica inventársela en parte—, ¿por qué no voy a hacer yo lo mismo con mi ciudad natal? Parece que si tú coges Nueva York o Madrid, tienes el campo abierto para cualquier cosa, mientras que con otras ciudades llamas más la atención. ¿Por qué no va a ser Gijón, también, una ciudad novelable? Mis novelas también son mi modesta manera de llamar la atención hacia mi ciudad.

Suele contar en sus entrevistas que su infancia y adolescencia no se parecieron en absoluto a la de los protagonistas de *La balada del pitbull*.

Sí, también hay gente que piensa que yo soy el protagonista de lo que escribo. Una vez fui a dar una charla a un instituto y los chavales se quedaron boquiabiertos: «¡Coño, nosotros esperábamos que apareciera por aquí un quinquí!», y tal. Les tuve que explicar que no, que no era un quinquí y que no tenía por qué serlo; que un escritor puede escribir sobre algo sin ser él mismo eso que cuenta y que yo escribía sobre quinquís pero no lo era. No, qué va: mi infancia fue en zona rural y fue muy bucólica, muy tranquila, muy feliz. Luego sí que conocí, a lo largo de los vericuetos en que te va colocando la vida, a gente, y me hice amigo de gente, más parecida a mis personajes. Pero lo que es yo, estoy muy alejado de lo que cuento. Muy alejado.

¿Qué lo hizo, entonces, conocer ese mundo que tan bien retrata en esa novela?

Bueno, quizá el hecho de que ese mundo fuera el extremo opuesto, casi el negativo, de lo que yo viví me llamara la atención. Tuve una infancia tan tranquila que en un momento dado me pregunté: ¿cómo será una vida en el otro extremo? ¿Cómo será vivir una infancia con malos tratos, con drogas, con violencia? Por otro lado, yo tengo cierta querencia por ese tipo de personajes. No sólo en la literatura: también en el cine. Siempre me han gustado mucho las vidas llevadas a los extremos. En una vida tranquila no hay nada novelable; en cambio, en una vida llevada al extremo sí encuentras cosas interesantes. Una cosa que yo procuro en mis novelas es coger esas cosas y, no sé, elevarlas un poco; hacer una especie de *épica de lo sucio*, o no de lo sucio, sino de lo deshumanizado; buscar la belleza que hay en la marginalidad, si es que la hay.

La estructura de *La balada del pitbull* es peculiar: no una historia lineal con introducción, nudo y desenlace sino una concatenación de escenas sueltas que, como los capítulos de la *Rayuela* de Julio Cortázar, podrían leerse en cualquier orden que uno quisiera e incluso de la última a la primera sin que la comprensión de la novela por el lector se resintiese.

Exacto. Hombre, salvando las distancias, claro, pero sí, no hay un esquema lineal, sino una especie de álbum de estampas, de chispazos. Podrías empezar la novela por el final e ir hacia atrás y no pasaría nada. Sí que se van dando pistas para formar una historia, pero la de *La balada* no es una estructura de novela al uso. Ésa era una de las cosas que yo tuve en mente y creo que me salió bien.

La sensación que deja la historia así contada es la de estar ubicada en un tiempo detenido. Las interpretaciones al respecto pueden ser muchas: a mí, personalmente, me parece que es una manera de transmitir la idea de que no hay esperanza ni progreso para esos chavales sumidos en el pozo de la marginalidad.

La idea es que la novela sea algo evocador, algo parecido a una ensoñación. De mis libros hay muchas interpretaciones en relación con la estructura, sí, pero mi propósito era ése: tejer una especie de nebulosa en la que cada uno se pudiera formar su propia idea.

Últimos ejemplares (Trea, 2006)

Parece ser que era costumbre en las zonas rurales lo de acoger a un pobre en cobertizos y establos a cambio de pequeñas actividades como trabajos domésticos o simplemente charla o entretenimiento. De este modo, en casa de mi abuela, la que aún vivía, al igual que en la del abuelo de los Ludolfus, también se albergaba uno. Al pobre de mi abuelo todo el mundo lo conocía por el sobrenombre de Rodolfo Valentino, porque era muy presumido, aunque medía un metro sesenta. Se peinaba con raya al medio, con gomina, y trataba infructuosamente de ser elegante con los harapos de que disponía: un pantalón de mahón, camisa de felpa gruesa estilo leñador, un par de jerséis de lana y uno rojo de pico que le había dado yo con unas letras amarillas en el pecho que decían «University» y que se ponía los fines de semana para ir al chigre formando conjunto con una corbata de trapo negra, raída y llena de escudos del Sporting que le había regalado mi tío. Rodolfo Valentino entraba en el Casa Juanín y la fiesta estaba armada, sobre todo si andaba por allí uno al que llamaban el Anestesista, al que no se le podía llevar la contraria porque daba unos puñetazos que dejaban grogui al más plantado, o Leopoldo Caneto y su pandilla, que fueron los que le pusieron tal apodo, y que, como sabían que era un presumido, le despeinaban mientras echaba las monedas por la rendija de la tragaperras. Luego se sobresaltaba, se encogía mirando hacia atrás haciéndose el enojado y entonces aprovechaban para tocar los botones y tirar por tierra sus juegos. Era extraño, porque antes el Valentino no era así, digo antes refiriéndome a la época en que todavía hacía algo por la finca y, aunque presumido y pequeño, tendía a una extraña elevación, me refiero, claro, a la época de su hazaña más sonada y por la que decidimos incluirlo en el trabajo, aquel acto glorioso en que, tras tocarle el premio gordo, le pidió al del bar que se lo cambiase en billetes, y en vez de invitar a todo el mundo confeccionó una tira con el dinero a modo de serpiente multicolor que se ató al cinturón y que a partir de entonces arrastraba por la calle al caminar. Al verle, la gente le preguntaba: «Valentino, ¿por qué vas arrastrando eso por ahí?». Y él les contestaba, todo estirado: «¡Porque nesti putu pueblu tou Dios va detrás de les perres menos Rodolfo Valentino..., que va delante!». Pero, con el tiempo, todo ese orgullo se fue anquilosando, y las bromas que le gastaban, aunque pareciera soportarlas, le fueron amargando el alma y un día cortó un billete de su cinturón y lo gastó y otro día otro, y así hasta que se quedó sin él y se hizo un borrachín y siguió jugando y con lo que ganaba ya no se volvió a hacer ningún rabo de billetes. Entonces, cuando llegaba al bar más tarde que los demás, nada más verle le decían: «Valentino, da-y caña a la máquina, que hoy tá caliente. Tá qu'echa fumo», y entonces se afanaba en echar mano al bolsillo rebuscando las monedas que había logrado recaudar por ahí. Otras veces le emponzoñaban el vino con jabón mientras jugaban y después, al eructar, le manaban burbujas y pompas por la boca que provocaban el delirio de todos aquellos borrachines. Pero, aparentemente, Rodolfo Valentino no se venía abajo por las putadas a las que se veía sometido: aguantaba las humillaciones de aquellos tipos como un santurrón, e hiciese lo que hiciese y se comportara como se comportara nada podía cambiar; seguía siendo el hazmerreír de la taberna. Cuando le tocaba el premio montaba el belén. En vez de

vino pedía güisqui e invitaba a todo el mundo intentando comprar su amistad. Se ponía faltón y la mayoría de las veces regresaba caliente al cobertizo de mi abuela, despeinado y envuelto en agudos llantos de borracho que azoraban a los perros de la zona; mismamente, la tarde en que pretendimos entrevistarle le atizaron. Le habían salido las tres manzanas a las cinco de la tarde y desde entonces no había parado de beber. A nosotros, el ambiente abyecto del Casa Juanín nos cohibía un poco y, entre que nos decidíamos y no, el tiempo nos había acorralado en una mesa esquinada desde donde pudimos seguir desapercibidos su evolución ética y psicológica. Todo discurría por los cauces normales hasta que entró en la tasca un paisano que se llamaba Rolando; uno que vivía en el monte del Infanzón con su madre viuda y del que se comentaba que debía de ser invertido, el «maricón del Infanzón», le llamaban por la espalda. Rolando bajaba de vez en cuando al bar, en especial los miércoles de Copa de Europa, terminadas sus tareas, eso sí, y recién ordeñadas las vacas. Tomaba una botella de sidra y, al término del primer tiempo, como mucho, se iba de la misma manera que había llegado, en silencio y sin molestar a nadie. Nada más entrar le comenté a Leo que habría llo. A Valentino se le veía muy suelto, estaba claro que las iba a tomar con el pobre Rolando, y así fue. Valentino no tardó ni cinco en colocarse a su lado, mirándolo de arriba abajo, consciente de que todo el bar estaba pendiente de ellos. Rolando lo miró entonces de reojo y le preguntó si quería algo, un poco molesto por su proximidad y el rumor de los clientes, que crecía cada vez más. Valentino, envilecido por el alcohol y creyéndose de la misma condición de quienes le gastaban bromas a él, adoptó el papel de actor principal y se puso a hablar para el auditorio del Casa Juanín con histrionismo de borracho: «Hombre, pues ya que me preguntes y escuchando por ahí lo que se escucha de que yes un poco d'aquella manera..., quería saber si yes dante o tomante». La gente estalló en sonoras carcajadas. Una vez que todos se callaron, Rolandoapuró el culín de sidra que sostenía en su mano y que las risas de la gente le impidieron beber a gusto y, muy sarcástico, le contestó lo siguiente: «Preguntando empecé yo....».

En *Últimos ejemplares* cambia el registro. Es una novela más amable y muy barojiana: aunque hay un narrador, el protagonismo es coral, con decenas, si no cientos, de personajes e historias que se van encadenando al modo como lo hacían los de las novelas del escritor vasco. Si en éstas el personaje era el Madrid de entresiglos, en la suya el personaje es Gijón.

Exactamente. Yo quería hacer algo coral, con muchos personajes; una especie de camarote de los hermanos Marx con las puertas abiertas y gente entrando y saliendo. A veces uno se acaba despistando de la idea principal de la novela, pero bueno, creo que el conjunto quedó bien. Yo procuro siempre hacer algo literariamente innovador, y no sé si lo consigo, porque es muy complicado, pero ésa es mi pretensión. El personaje es Gijón, sí. Y no sé si eso vuelve a causar el problema que comentábamos antes: que la gente, al leer el libro, identifique o no esos paisajes y a esos personajes con los de Gijón. En *Últimos ejemplares* también hay lo que tú decías antes: ese punto de exageración que hace al relato más verosímil que verdadero. De todas maneras, creo que sí, que la mayoría de los lectores sí ve paisajes reconocibles.

En todo caso, de *La balada del pitbull* suele decir que, aunque esté ambientada en una ciudad con sidrerías y un equipo llamado Sporting enemigo de otro llamado Oviedo, esa ciudad no es Gijón.

No, es otra ciudad. Hombre, yo entiendo que haya gente que la identifique con Gijón, pero no pretendía que fuera así. Lo que yo quería era que esa ciudad pudiera ser cualquier ciudad industrial desamortizada y con problemática social de finales de los ochenta. Hasta cierto punto me pareció mal que la gente la identificase con Gijón.

Nunca queda constancia de un iceberg, y yo intento dejarla con mis novelas

¿Qué nutrió *Últimos ejemplares*: historias reales vividas o escuchadas por usted, o invenciones?

Yo diría que un sesenta por ciento de historias reales y un cuarenta por ciento de historias inventadas. Hay muchos personajes reales, gente a la que yo conocí y que tenía vidas eran puros anecdóticos que casi construyeron por sí solos la novela.

Otras veces las historias son cosas que yo no viví pero que me contaron: por ejemplo, lo de la biblioteca en la que los libros van siendo sustituidos por botellas me lo contó un escritor gallego. Ese escritor me contó dos anécdotas que utilicé porque me parecieron el tipo de imágenes potentes que yo buscaba: la otra es la del pobre que va con una ristra de billetes atada a la cintura a modo de rabo y dice: «¡En esta ciudad todo el mundo va detrás de *les perres* menos yo, que voy delante!». Eso me pareció genial y lo usé. Hay un poco de todo.

Últimos ejemplares es, sobre todo, una novela nostálgica. Ya el mismo título remite a esa idea de un mundo periclitado: ese Gijón de los paisanos y los chigres en el que a la playa de Estaño sólo iban los pescadores y no los pijos madrileños y del que hoy quedan sólo islotes desperdigados.

Más que islotes, icebergs. Yo hago mucho esa comparación: icebergs que flotan por ahí y que se van a acabar derriéndose en el mar. Nunca queda constancia de un iceberg, y una de las cosas que yo procuro hacer con mis novelas es dejar constancia de esos icebergs de cierto tiempo pasado; fotografiarlos antes de que aquel mundo que yo conocí, el mundo de mi abuelo y de los amigos de mi abuelo, ese mundo de pararse en la calle a hablar del que yo me siento tan huérfano, se derrita del todo.

Aquél Gijón, ¿era mejor que el actual, como cualquier tiempo pasado en el famoso proverbio, o sólo diferente?

No, diferente. Yo lo echo mucho de menos, porque es el tiempo en el que yo fui más feliz y lo fui con gente que desapareció y que no va a volver, y de la que sólo queda la circunstancia, lo que te contaron, lo que te transmitieron. La gente que transmite algo merece la pena que eso siga recordándose. Perduramos en el tiempo mientras lo que fuimos y lo que transmitimos sigue recordándose. Yo creo que esa novela fue una buena novela si conseguí que el lector, al leerla, obtuviera reminiscencias de su propia familia, de su abuelo o de alguien cercano.

¿En qué Gijón se crió usted? ¿De qué barrio procede?

Bueno, aquí siempre hay controversia. Yo soy de Somió, y Somió es un barrio muy marcado, que la gente suele asociar a esa burguesía adinerada y frívola. Pero yo no soy de ese Somió: hay muchos Somíos igual que hay muchos Gijones y yo soy del Somió rural, del Somió de los hórreos, las

vacas y las huertas. Fíjate, con lo feliz que fui allí me da un poco de vergüenza decir que soy de Somió, porque cuando lo digo la gente automáticamente me asocia con lo que no soy. Ojo, hay gente interesante y maravillosa en todas partes: también en ese otro Somió al que yo no pertenezco.

¿No ha pensado nunca en escribir una novela ambientada en el Gijón burgués o el Gijón rural?

Bueno, pues sí, pero de momento lo veo difícil. Necesito adquirir más conocimiento, más poso como escritor, antes de ponerme a escribir sobre eso, porque me falta el contraste, que es un recurso del que yo tiro mucho. Quizá lo haga con el tiempo. Hay una novela posible muy bonita en contar cómo el Somió residencial fue absorbiendo y extinguendo ese Somió rural, minifundista y ganadero en el que yo nací.

El narrador de 'La balada' todavía conserva un hábito de esperanza; el de 'Érase una vez el ° n', no

De todas maneras, es cierto que *Últimos ejemplares*, aunque tenga paisajes comunes a sus otras dos novelas, no es tan suburbial como *La balada del pitbull* y *Érase una vez el fin*, y sí que hacen aparición lugares del Gijón rural, como la propia playa de Estaño.

Ahí hay un ligero acercamiento, sí. Y lo de la playa de Estaño es un buen ejemplo de lo que decía antes que efectivamente relato

en la novela: el paso de una playa donde había lanchas, pescadores, casetas y olor a fritanga de calamares —yo recuerdo haber ido muchas veces a coger pulpos con mi abuelo—, de eso que era un territorio salvaje en la que había una forma de vida tradicional, a eso que es hoy: una cosa masificada en la que no hay quien aparque porque viene hasta en la última guía de turismo. A mí a veces me da rabia sentirme un poco extranjero en mi propia tierra. No consigo dejar de sentirme así, y me da una rabia y una indignación que también manifiesto en las novelas. Escribir es mi forma de ajustar un poco las cuentas con esa indignación.

Érase una vez el ° n (Anagrama, 2016)

Mi hermano ha vuelto con nosotros. Otra vez. Es licenciado en geografía e historia, pero, cuando trabaja, lo hace en la conservera, once horas diarias por ochocientos euros al mes, aunque lo normal es que esté en el paro. Esos periodos largos de inactividad suponen un bálsamo para su delicada economía, pues de esa manera la pensión de sus hijos se reduce y, aunque no le quede casi nada para sí, por lo menos no madruga, pero también conllevan un mayor deterioro psicológico, ya que, al no hacer nada, dispone de más tiempo para pensar, y a mi hermano pensar no le sienta demasiado bien. Los fines de semana en que le visitan sus hijos no cogemos en casa, pasan directos al salón como un par de extraños y conectan su puta consola al televisor sin abrir la boca, con las mochilas resbalándoles por la espalda. Mi hermano se sienta paternalmente al lado de ellos a interrogarlos con sutilezas que ese par de cabrones comprenden perfectamente. Yo noto que vienen bien aleccionados de su casa, pero el padre, en cambio, es ajeno a su malicia por una mera cuestión de ceguera genética. Les pregunta con quién va mamá de fin de semana o si llama algún amigo a casa y ellos le responden cuando les da la gana, imbuidos en la pantalla, llenos de tics y muecas, las mentiras que su madre les cuenta antes de salir. En medio de esa patética estampa de desarraigo me apetece sentarme a su lado y decirle a mi hermano si no sabe ya de sobra que su ex se pasa los fines de semana jodiendo a diestro y siniestro, comentarle si no se pregunta nunca por qué todos los puentes largos o vacaciones le enjareta a los chiquillos o si no percibe que sus hijos mienten a cada una de sus interrogantes como experimentados fuleros.

La vida de mi hermano es tan triste que ni siquiera duele. Se pasa el día atormentado por la visión de su ex mujer retozando en los brazos de cientos de extraños y soportando las broncas de un ignorante corrupto que mantiene su pujanza a base de pelotazos de los fondos bajo manga de la Comunidad Económica Europea, contratación de ilegales y desesperados e incluso del azar, pues no hace mucho que le tocó la quiniela en el bar donde toma el vermú con una panda de zánganos ex millonarios, divorciados e impotentes. Viejísimas glorias locales devoradas por la grasa. El jefe de mi hermano es uno de esos ricos de los que llaman *de toda la vida*, su abuelo ya lo era a costa de señalar con sus dedos a comunistas y de exprimir las miserias ajenas, esas vidas llevadas tan a los límites que casi nunca se pueden permitir pronunciar la palabra no. Su padre continuó beneficiándose de lo mismo hasta que murió de un infarto en su cama de caoba, con antenas de langosta saliéndole por la boca, los ojos encharcados en usura, vicio y licor y las palmas de las manos enrojecidas de azotar nalgas de puta y pegar bastonazos en el suelo de la fábrica.

En la fábrica, mi hermano es una persona no grata. La cúpula del altillo u oficinas, con el jefe y sus ruines adláteres y la gorda de Mariló, a la que lo mismo le da tomar por el culo que tocar el arpa, no soportan la altivez de su mirada, la potencia que otorga el conocimiento, que sepa revisar los apartados de la nómina y sus correspondientes porcentajes, que mientras trabaje le cuente a los demás la historia de la revolución industrial, las teorías del comunismo o la estratificación social del Japón post-Meiji, que desvirtúe a los mitos locales del mundo de la empresa hasta hacerlos parecer simples chorizos, la cultura en general. En ocasiones le comenta a su jefe: «Disculpe, señor, pero esto no se escribe así. Perdone mi atrevimiento, pero hay vulgarismos y faltas de ortografía, y una empresa con tanta tradición como la suya no merece ensuciarse por nimiedades de este tipo», y el pobre se venga así de todos los chistes malos con los que le ofende ante los demás los pocos días en que está de buen humor y desde lo alto de la nave, en los umbrales de su lujoso despacho, hace referencia en voz alta a los cuernos de mi hermano o al poco dinero que le queda disponible una vez pasada la pensión alimenticia de sus hijos. Ésta, sin embargo, es la paradoja de su existencia, el orgullo y afilado rencor que muestra en la calle y, por el contrario, la resignación y tolerancia con su propia vida, en la senda que por sí mismo eligió, donde ha sido siempre un paria y un calzonazos. Veo su foto en blanco y negro en la orla que nuestra madre pule a diario, lo más valioso de la casa, su flequillo y sus patillas tipo transición, la bondad en su gesto y la brillantez. Una mirada de manso, igual que la del ingeniero que me daba clases particulares, y todo eso se fue para siempre, y hasta un niño se daría cuenta. Qué pensará mi madre, mientras le pasa un paño húmedo al cristal, ahora que ya no es más que un hombre que se vuelve a acostar en su cama de la infancia, un somier oxidado bajo un colchón de uno veinte, con un crucifijo encima. Cuando encuentro a mi cuñada apoyada en la barra de uno de esos

bares para cuarentones separados, sujetando un cubalibre en una mano y un cigarro con los labios rellenos de silicona, revolviendo un Louis Vuitton para encontrar el mechero, no me extraña que las maten y que, en vez de una puñalada, sea de cincuenta.

Érase una vez el fin tiene más en común con *La balada del pitbull* que con *Últimos ejemplares*.

Sí, con la diferencia de que el protagonista es una especie de sociópata y alguien que ya sabe que no va a encajar en ninguna parte. El protagonista de *La balada* todavía tiene un hálito de esperanza. En el fondo es optimista: la novela termina, si mal no recuerdo, con él subiéndose a un camión yendo a ver a una prima prostituta a Albacete y teniendo cierta esperanza de que las cosas cambien. En esta otra novela, no: aquí no hay mucha esperanza. El protagonista es un tío que odia a la sociedad y que lo manifiesta. Tampoco quiero dar muchas pistas, porque es una novela tan condensada...

El personaje principal de *Érase una vez el fin*, por otro lado, no es un adolescente, sino un hombre de su edad: unos cuarenta años. ¿Por qué? ¿Por qué tiene su edad?

Pues porque yo me considero parte de una generación muy preparada pero que quedó perdida. Fuimos educados en la Transición con un ideal de educación humanista que quedó en desuso cuando aparecieron la informática, los idiomas y las nuevas tecnologías. Los inmediatamente posteriores a nosotros son gente con otro tipo de preparación y que encaja rápido en ese mundo móvil y vertiginoso. Frente a eso, yo tengo amigos de mi edad, gente licenciada en geografía, en historia, en filosofía, etcétera y con mucha cultura, que sigue viviendo en casa de sus padres y sin poder demostrar lo que tiene dentro porque no encaja en un mercado laboral para el que no se nos preparó. Esa imagen yo intento condensarla en la del hermano del protagonista: un hombre culto licenciado en geografía e historia que estuvo a punto de doctorarse y que sin embargo tiene, a sus cuarenta y tantos años, un empleo poco cualificado y peor pagado en una fábrica en la que lo explotan porque no ha podido encontrar otra cosa, y al que su mujer

Ese humor negro, sarcástico y a veces un poco cruel es muy asturiano

desprecia y acaba dejando. El propio protagonista es un pianista que se formó con una beca en Polonia pero que desempeña su labor en un ámbito mucho más bajo. Ése era uno de los puntos que yo quería tocar en *Érase una vez el fin*: el de esa generación perdida que podría aportar mucho a la sociedad pero no aporta nada porque aquello en lo que es experta, el conocimiento

profundo de las cosas, la cultura, etcétera, no sirve de nada en el mundo de hoy. A mí eso me acojona.

Érase una vez el fin tiene un título original muy diferente del finalmente adoptado: *La magia de los hijos de puta*. ¿Por qué se lo rechazaron? ¿Mojigatería o *marketing*?

Pues no lo sé, y me gustaría saberlo, pero no me atreví a preguntar. No estaba en disposición de hacerlo. Yo vi que no hubo mucho *feedback* en la editorial con el título pero no quise preguntar a qué se debía y les propuse otro. De la gente que ha leído ya el libro muchos me dicen: «¡Joder, tenían que haber sido un poco más valientes!». De hecho el libro iba a salir con Trea e iba a salir con su nombre auténtico. No sé por qué no llegamos a buen puerto con Anagrama en ese aspecto. Espero algún día vender muchas ediciones y poder poner en alguna parte: «Este libro iba a titularse así». A lo mejor entonces me lo permiten...

El nuevo título, ¿lo propuso usted, o se lo propusieron?

Lo propuse yo, pero claro, autocensurándome en cierta medida. También es verdad que hay gente que no conoce la historia del título y que me dice que el nuevo les parece muy bueno. Hace poco me mandó un amigo una crítica que apareció en un *blog* y en la que sus autores decían que nunca habían leído un libro al que le encajase mejor el título. Qué se yo. Para mí hay una cierta orfandad en la novela, porque yo hubiera preferido el otro, pero este tampoco está mal.

¿A qué hacía referencia ese otro título? ¿Cuál es la magia de los hijos de puta?

Los hijos de puta son quienes abusan de la gente, engañan, estafan, son corruptos, avaros, fomentan el consumismo masivo, los programas de televisión vacíos, todo ese mundo en las antípodas de la cultura, la reflexión y la inteligencia. Y su magia es el hecho de que esa gente no deje de hacernos cierta gracia, no deje de atraernos en alguna medida, no sé si por *marketing* o por otro tipo de tendencia más innata en el ser humano a admirar a ese tipo de personajes.

Como *La balada del pitbull*, *Érase una vez el fin* está teñida de un humor sádico y a ratos desasosegante.

Sí, sí. A veces dices: «Hostia, ¿cómo me puedo estar riendo de esta salvajada?». Pero yo creo que ese humor negro, sarcástico y a veces cruel es algo muy asturiano.

Marca Asturias, podríamos decir.

Marca Asturias, sí (risas). Ese humor es muy característico nuestro, y a mí me sale siempre en todo lo que escribo, pero me sale solo, casi sin querer. Es un poso de maldad pueblerina que tengo (risas). Por otro lado, vivimos en un país en el que la envidia siempre ha estado a flor de piel. Todo el mundo, o mucha gente, tiene a alguien a quien envidia y de quien está siempre deseando que le pase algo malo. Parece que siempre hay cierta alegría en que sucedan desgracias. Yo creo que esas pinceladas dan carácter a la novela, cierta personalidad.

Otro aspecto común a su primera y a su última novelas son sus ciertos ramalazos de misoginia, con esas mujeres víctima de maltrato e incluso violación de las que se cuenta abiertamente —aunque sea a través de reflexiones de los descarriados protagonistas de las

La misoginia de 'Érase una vez el ° n' es molesta

novelas— que ellas se lo han buscado e incluso que se lo merecen por haber maltratado psicológicamente a su vez a los hombres buenos que las amaron y a los que acabaron desesperando con sus desprecios y sus infidelidades. ¿A

también para mí, pero casa con el personaje

qué se debe esa misoginia? ¿Le es completamente ajena y la plasma en su literatura simplemente porque casa con sus personajes, o la profesa usted mismo en alguna medida?

No, no, yo eso no lo puedo pensar de ninguna manera. Sí que es cierto que existe un tipo de mujer que desprecia la inteligencia y rinde culto y siente atracción por el macho atlético y musculado, como la exmujer del hermano del protagonista de *Érase una vez el fin*. Pero eso jamás puede justificar un maltrato como el que esa mujer acaba sufriendo en la novela. Si el protagonista de la novela lo justifica y lo celebra es porque es un hombre sádico, degenerado, asocial y por supuesto machista, porque vivimos en una sociedad muy machista aunque no queramos verlo. Efectivamente, hay mucha gente que justifica el maltrato, o algunos maltratos. Yo he oído comentarios de ese tipo muchas veces: son bastante más habituales de lo que uno se imagina, y es una cosa que a mí me preocupa mucho. Yo no soy así, qué va. De hecho, esos ramalazos de misoginia que tú dices son muy molestos también para mí, y alguna vez pensé en quitarlos, pero al final los dejé porque iban con el personaje. Esa crueldad machista me pareció una buena manera de subrayar su patología mental y sus carencias afectivas y psicológicas.

Otro punto en común entre su primera y su tercera novelas, éste casi un mensaje político: el fantasma de la reconversión industrial de los ochenta que, como Rebeca en la novela de Daphne du Maurier y en la película de Hitchcock, sobrevuela sin hacer aparición directa, como parte de un pasado ya superado pero agente de secuelas todavía muy vivas, toda la narración.

Sí. Siguen existiendo esas secuelas. Se ve muy bien ahora mismo: a lo mejor es una impresión mía, pero Gijón es una ciudad que con la última crisis se ha vuelto más triste, menos dinámica. Pero eso no es algo nuevo, sino simplemente un agravamiento de algo anterior, que es ese daño industrial que se le hizo a la ciudad. La industria era una parte importante de esta ciudad y de su vida, y cuando la industria desapareció se hizo un daño irreparable. Para empezar hay gente que hoy tiene cincuenta, cincuenta y tantos años, y que no va a volver a trabajar, porque llevan toda la vida siendo maestros industriales y ahora no tiene reciclaje posible. Mis novelas también quieren ser una especie de homenaje a ese tipo de personajes que tienen que estar sufriendo mucho en estos momentos: personas que no son viejas pero se sienten descolocadas en un mundo que ya no es el suyo y a las que arrancaron de cuajo de su forma de vida de muchos años. Yo conocí a muchos de ellos en la época en que trabajé en el astillero. Allí había grandísimas personas, hombres con una calidad humana y profesional que yo no he vuelto a ver en ningún ámbito de la vida. Debo mucho a cómo me acogieron, a lo que me confiaron, a las historias que me contaron. Fue una época en la que trabajé como un perro pero fui muy feliz. Disfrutaba verdaderamente con aquello y ahora pienso que es una auténtica desgracia que de todo aquel mundo, que no era sólo el astillero sino también los talleres alrededor del astillero y la hostelería que había por allí, ya no exista. Me da mucha pena.

Por no hablar de los hijos de muchos de esos hombres: adolescentes que hace unos pocos años hubieran tenido perfectamente marcado el camino hacia el astillero o el pozo minero que vertebraba a la comunidad y que sin embargo se encontraron lanzados a una jungla para la que esos padres desnortados tampoco supieron prepararlos. De ahí la delincuencia, la drogadicción, la sociopatía y demás males que usted retrata en sus novelas y que no cayeron del cielo, sino que fueron consecuencia de esa desindustrialización brusca y despiadada.

Claro, claro.

De todas maneras, los proletarios que retrata, un poco como las mujeres maltratadas de las que hablábamos antes, son víctimas

Uso mucho el recurso de combinar la primerísima persona con no conocer el nombre del protagonista

inocentes y compadecibles de poderes ajenos a ellos sólo en parte. Tampoco se hacen excesivas concesiones a esa clase obrera a la que tampoco se pinta como un colectivo universalmente digno o heroico, sino como un conjunto de gentes en cuyo seno también hay mezquindad, estupidez, crueldad e incluso merecimiento de la situación de postración.

Bueno, pero con eso pasa lo mismo que con las mujeres: tal vez haya una parte de realidad en eso que dices, pero esa visión son fundamentalmente las reflexiones del protagonista. Yo no conozco en profundidad a la clase obrera como para hacer una reflexión profunda. Si me pongo a reflexionar, me quedo en lo ideal: en esa idea de colectivo tal vez cansado y desilusionado pero que sigue muy vivo y no dobla la testuz. Hoy en día se sigue luchando por los derechos de los trabajadores y por una vida digna. Eso no va a parar jamás. Creo que sigue habiendo una conciencia de clase muy marcada, aunque no lo parezca. Yo creo que sí hay héroes en la clase obrera, y grupos heroicos: gentes muy machacadas pero que siguen de pie, luchando. Esos hombres valientes me llaman mucho la atención. Los identifico con William Wallace y sus escoceses: gente que sigue luchando aunque los obstáculos sean gigantescos. Lo que sí es verdad es que también hay gente cansada, que lleva toda la vida luchando y que cuando se convence de que no va a lograr nada se deja llevar. Eso es lo que yo intento reflejar en las novelas.

Otra conexión más: ni del protagonista-narrador de *La balada del pitbull* ni del de *Érase una vez el fin* conocemos en ningún momento los nombres, lo cual contrasta abruptamente con la primerísima persona en la que están escritos los libros. Dígame si hago un mal diagnóstico de esa característica de sus novelas: no hay nombres porque esas historias no son historias individuales sino la colectiva de una clase social entera, pero sí hay primera persona para resaltar el desastre humano causado por la reconversión industrial de un modo que no permitiría la distancia a que da lugar la tercera persona. Del sujeto colectivo también hay que tener claro que es una suma de sujetos individuales, no un ente monolítico e indivisible.

Sí, sí. A mí siempre me gustó mucho ese recurso de combinar la primera o incluso primerísima persona con no conocer el nombre de su propietario. Cuando yo hago un libro siempre quiero que el lector se asome a sus páginas y, de algún modo, vea una película de la que sea él el protagonista. Yo quiero que el lector se mueva por la novela como si la protagonizara; que se ponga en una piel que no le corresponde. Y la primera persona, en la que yo siempre me he desenvuelto mejor, da una sensación de vivencia muy útil para conseguir ese efecto.

El narrador como pantalla, no como voz en *off*, y esa ausencia de nombre como un hueco a través del cual volcar la identidad propia en la del protagonista que quedaría precintado si el nombre fuese mencionado.

Sí, exacto, eso es.

¿Se ve escribiendo una futura novela en tercera persona, o seguirá siéndole fiel a la primera?

No, de hecho creo que lo que voy a escribir a continuación de esto va a estar ya en tercera. Pero para ésta necesitaba la primera:, porque la tercera da una sensación de distancia, de desapasionamiento, que es muy eficaz para cierto tipo de narraciones pero no para la de la historia que yo quería contar. Necesitaba vivencia, no distancia. La tercera, además, va mejor para temas de los que sabes mucho y en los que te desenvuelves bien, y este no era el caso. Si no eres omnisciente sobre un tema, es mejor la primera.

Meter redención, arrepentimiento o moralina desvirtuaría mis novelas

La primera permite describir sólo los caminos que uno ha abierto a machetazos en la selva a través del protagonista, mientras que la tercera obliga de algún modo a describir la selva entera.

Algo así, sí. A mí la primera persona me sirve mucho. Además casa bien con la manera que tengo yo de estructurar las novelas,

tirando de reflexiones, de diálogos indirectos, etcétera. Con la tercera no podría.

La ausencia de moraleja es otro punto en común entre su primera y su última novelas. También de redención o de esperanza.

Sí. Yo creo que si metiera redención, arrepentimiento o moralina desvirtuaría mis novelas. Yo quiero que cada cual entienda mis novelas como quiera. El otro día me decía el orientador del colegio en el que trabajo que no podía leer mis escritos porque no encontraba en ellos ni una línea de felicidad; que todo lo que se describía era un camino de desgracia y que él, como lector, necesita cosas menos desasosegantes. Entiendo que eso le pase a mucha gente, pero creo que es mejor así.

Se puede decir también que en sus novelas no hay ni héroes ni antihéroes. Son novelas, digamos, *aheroicas*. Un antihéroe no deja de ser otra forma de héroe.

Sí, la otra cara del héroe. A veces los antihéroes son muy apetecibles para los escritores de historias de marginalidad como las mías; un amigo mío, por ejemplo, hizo una vez algo de esto: decidió que quería que hubiera siempre un vínculo de proximidad con el lector aunque fuera un personaje odioso. Pero yo no quiero eso en mis novelas. Procuero que no haya nada heroico en ellas. No me parece realista, igual que no me parecía realista no incluir actitudes machistas como las que discutíamos antes aunque incluso a mí mismo me desagradaran. Quiero que mis personajes le recuerden al lector a personas que haya podido conocer o se les hayan podido parecer, y eso pasa por ser realista.

Un punto en común entre todas sus novelas, y sobre todo entre las dos primeras, es una cierta indefinición cronológica: si ciertas referencias nos invitan a situarnos en los ochenta o incluso en los setenta, otras, como las menciones a Telecinco, nos remiten a fechas más recientes. ¿Es una indefinición deliberada?

Sí, sí. Sí que hay esos anacronismos que mis editores también detectan siempre, pero que me permiten si no son algo muy escandaloso o errores históricos flagrantes. Esos anacronismos son útiles para lo que quiero contar y a nadie, salvo algún crítico muy puntilloso, le molestan. Forman parte de esa misma idea de nebulosa, de tiempo difuso, que hablábamos antes.

Todas sus novelas son breves, y la primera y la última han sido comparadas con chutes de droga y con cuchilladas por su concisión y su contundencia. ¿Se ve escribiendo algún día una novela de mayor extensión?

Sí, de hecho me gustaría, pero bueno, creo que antes tendría que aprender a hacerlo por esa costumbre que tengo de coger una historia como si fuera una naranja: exprimirla, quedarme con el zumo y no pararme a describir ni los gajos ni la piel; ir a la esencia. Estoy tan acostumbrado a hacer ese ejercicio de concisión que me costaría mucho cambiar de registro, pero quiero hacerlo. También hacer cosas más amables: una novela en la que no haya ni una cuchillada, ni un pinchazo (risas). Yo sufro mucho con lo que escribo, porque mis padres comprenden lo que hago, pero a veces me dicen: «Joder, ¿no puedes escribir algo más normal?» (risas). Lo pasan mal, porque leen cosas desagradables, y tienen todavía esa cosa de: «¿Qué pensarán los demás?», pero bueno, lo van asumiendo. Aún así, ya te digo, tengo ganas de llegar algún día y decirles: «Mirad, una novela más amable sobre la vida».

Para mi próxima novela, estoy pensando en algo sobre un timador

¿Se regodea en lo desagradable cuando escribe esos pasajes desasosegantes? ¿Es algún tipo de catarsis personal?

No, no, sale así. Especialmente con esta última novela, que llega a ser sórdida y desagradable hasta la saciedad. Pero es lo que te

digo: el personaje es un sociópata, y en la vida de un sociópata no puede haber muchos momentos de felicidad. No es regodeo, simplemente sale así en ese ejercicio de realismo que procuro hacer.

Ha mencionado alguna vez la influencia del cine sobre su narrativa.

Sí. Cuando escribo, siempre, o muchas veces, escribo pensando que estoy haciendo una película. De hecho, lo que a mí me gustaría ser es guionista de cine o mismamente carpintero o ayudante de dirección. Es un mundo que me entusiasma. Me entusiasma cómo se engaña a la gente, cómo se construye una historia donde se mezcla la imagen con las palabras. Siempre se dice que una imagen vale más que mil palabras, pero en el cine, antes de la imagen, hay efectivamente mil palabras, y esas mil palabras hacen una imagen. Eso me parece apasionante, y muchas veces, cuando escribo, pienso en eso, en cómo se proyectaría en la pantalla esa escena que estoy escribiendo. Es una estrategia que me es muy útil. Me

gusta mucho el cine: el cine clásico, el surrealismo de Buñuel, el cine negro y de detectives... Esos tipos duros y esos contraluces a mí me han influido mucho.

¿Se ve cediendo en algún momento los derechos de sus novelas a una producción cinematográfica? ¿Ve *La balada del pitbull* o —llamémosle por su nombre— *La magia de los hijos de puta* proyectados algún día en una pantalla de cine?

Pues no sé, es difícil... Esa estructura poco definida que yo suelo seguir lo hace difícil, creo. No sé. Desde luego no me lo han ofrecido (risas).

¿Ha pensado en incursionar en otros registros literarios: poesía, ensayo, etcétera?

Poesía, alguna vez hago, pero no soy bueno. No se me da bien. De vez en cuando hago un poema o compongo alguna canción, pero son actos más corrientes, más frívolos. No me veo abordando un registro poético en serio, la verdad.

Entre la publicación de su primera y su segunda novelas transcurrieron cuatro años, y entre la segunda y la tercera nueve. No es un escritor prolífico.

No, porque como te digo hago tantas cosas entre medias que me es imposible escribir más rápido. El grupo, mismamente, me ha quitado mucho tiempo de escribir. Con él tenía satisfecha mi vena artística y creativa y como funcionó bien estuve una temporada más centrado en ello que en escribir. Por otro lado tengo esa manera de escribir que hace que aunque el resultado sea corto el proceso sea laborioso; un pulir y pulir y pulir. Yo voy como Proust: recitando una y otra vez y no parando hasta que la cosa no me suena bien. Con mismo *Érase una vez el fin* me he rallado hace poco porque vi una parte que ahora hubiera escrito de otra manera. Si no encuentro la palabra justa, o si de repente veo que he repetido la misma palabra en la línea de arriba, me obsesiono mucho. Tampoco soy un escritor ambicioso: a mí me da mucha vergüenza a hablar de mí mismo. Nunca quiero salir en el periódico, nunca quiero salir en fotos; quiero pasar desapercibido, que no me conozcan. No quiero más protagonismo del que ya tengo.

¿Tiene ya algún original inédito en la nevera, algo en preparación?

Algo hay, sí, aunque tardaré en concretarlo. No tengo mucho tiempo para hacerlo últimamente: tengo un crío pequeño y estoy esperando otra criatura, y si a eso le unes el trabajo... Estoy en un momento de la vida muy convulso en general. Pero sí que tengo algo pensado.

¿Alguna pista?

No quiero dar muchas, pero estoy dándole vueltas a algo con un timador, alguien que vive del timo. Pero no un timador sociópata, sino todo lo contrario: un timador con don de gentes, alguien más agradable. Un hijo de puta con magia (risas). Y algo más vital, más amable, como hablábamos antes.

Tiene una vertiente menos conocidas para el público que la de escritor: la de antropólogo y la de bajista de una banda musical, *Los Guajes*. ¿Cuánto desaguan esas dos vertientes de su personalidad en la de escritor? ¿Son vasos comunicantes?

No, yo creo que no. Creo que están al margen de la faceta literaria. Hombre, hay un poso intelectual de cosas que lees y de música que escuchas que puede influir puntualmente, por ejemplo en forma de referencia musical. El protagonista de *Érase una vez el fin*, por ejemplo, es un pianista, y hay un momento de la novela en que suena la *Gran polonesa brillante* de Chopin. En esa especie de concepción tan visual que tengo yo de la novela, a veces, cuando hago el ejercicio de imaginarme la escena cinematográfica correspondiente, me imagino, por ejemplo, a un tío escuchando esa pieza en el suelo mientras mira las estrellas. El que conozca la pieza supongo que sabrá a qué me refiero cuando hago esa referencia, pero bueno, más allá de eso no, no hay mucha influencia de mi parte de músico sobre mi parte de escritor. Con la de antropólogo, lo mismo.

Final de La balada del pitbull (Trea, 2002)

Yo no me crié en un ambiente de golpes ni de mala educación. A mi hermana, que creció conmigo, le dan un día sí y otro también.

Mi padre pasó de ser un trabajador honrado y respetable a ser un casi vagabundo borracho y mi madre murió por el camino.

He tenido tiempo de pensar, de reflexionar sobre mi vida y las cosas que ocurren. He intentado buscar una respuesta a todo esto y siguiendo los consejos de un humilde maestro de presos pude leer a san Agustín, a Plutarco, a Platón y a otros cuantos demostrando que el primo de Filipas no sabía nada, apenas mentir, y que el *Mein Kampf* es una mierda. Pero vivo en una jaula. Como una bestia. Ahora soy yo quien está a este lado y tengo que ducharme, comer, mear y cagar delante de un funcionario al que caes mal sólo porque le pagan para eso, que no ve delante de sí a un hombre, sino a un perro, tal vez a un *pitbull*, y es entonces cuando doy la vuelta a mis conclusiones y pienso que el maestrillo de la prisión no es el san Ambrosio de Milán, que yo ya no tengo una madre que me redima y apacigüe esta sed de venganza que me inunda. Que santa Mónica no existe... A mí nadie va a nombrarme obispo de Hipona con estas ganas de follar que tengo y Dios no me ha iluminado todavía el camino de búsqueda de la verdad interior porque entre otros motivos estoy podrido y la putrefacción ha corrompido hace tiempo todos mis valores y al fin y al cabo ni siquiera fue mi perro el que acabó con aquella criatura, porque de haber conocido mi destino habría sido yo mismo el que le hubiera comido las tripas.

Voy en un camión camino de Albacete igual que hizo mi prima. Voy a buscarla al bar donde trabaja y, si se presenta la ocasión, le diré que me vuelva a enseñar una teta, que me quiera y me sonría como hacía en aquellas ya lejanas vacaciones. Voy en el camión y el conductor no me habla porque llevo en la mano el tatuaje de la cárcel y una maleta sin nada.